

participar de la pasión de su Dios por su pueblo, toma conciencia de que tiene un pueblo al que ha olvidado, y que ese pueblo tiene un Dios, que es su Dios. Ni perderá esa pasión, ni perderá el sentido de esa Presencia que se ha hecho viva tan fuertemente en su vida.

Y toda su misión como caudillo brotará continuamente, con sus quejas y sus súplicas, de un permanente y vivo diálogo con su Dios. Y subirá y bajará al monte para ir constantemente del diálogo con su Dios al pueblo, y del pueblo al diálogo con su Dios. Y se convertirá en un guía atrevido y firme, pero le habrá advertido a su Dios: *Si no vienes en persona, no nos hagas salir de aquí; pues ¿en qué se conocerá que yo y tu pueblo nos distinguimos de todos los pueblos, sino en el hecho de que tú vas con nosotros?* (Ex 33, 15-16). Y por eso instala en medio de las tiendas de su pueblo un Sinaí andante, una tienda que lleva por nombre Tienda del Encuentro, para no separar camino arduo y adoración, lucha diaria y *hablar con Dios como un amigo con su amigo* (Ex 33, 11).

Tendríamos que abandonarnos ante un Sagrario y repasar lentamente con los oídos del corazón la Palabra de Jesús: *Soy yo*. El Camino, la Verdad y la Vida. La Luz del mundo. El Buen Pastor. La Puerta del redil. Soy Rey, venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Soy yo, no tengáis miedo. Soy yo en persona; un fantasma no tiene carne y huesos... A la Samaritana se manifestará como el Mesías esperado: *Soy yo, el que habla contigo*; y le dirá que el Padre busca adoradores que lo vean y encuentren en todas partes, que adviertan su Presencia, **ADORADORES EN ESPÍRITU Y EN VERDAD.**

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

ENCUENTRO DIOCESANO DE CATEQUISTAS 2011

ADORADORES EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

JUNIO 2011

Sacramento, de manera que, llegada y vivida la celebración del Sacramento, se puede abandonar la Catequesis y la misma Comunidad que me la proporciona. Es el segundo el que se identifique demasiado con una escuela. Sucede lo mismo: nadie se queda a vivir en el Colegio o en el Instituto en el que estudió.

La Catequesis debe ciertamente enseñar, y muchas cosas. Pero debe, como alma de todo, enseñar a vivir en una casa habitada, la Iglesia, la casa en la que vive y obra siempre presente Cristo el Señor. Una Iglesia que sólo tuviera catequistas bien preparados, conocedores de todos los temas del Catecismo, diestros en pedagogía, incluyendo el uso de los medios técnicos actuales como audiovisuales, power points, etc., no sería reconocible como Iglesia de Jesús. Todo eso es necesario en el campo de la Catequesis y en la persona de los Catequistas, pero es necesario que se dé un espíritu distinto del meramente académico o escolar. Hacen falta adoradores.

¿Quién enseña en la Iglesia? ¿Quién tiene la palabra en la Iglesia? ¿El que sabe? ¿El que conoce el Catecismo o la Biblia? ¿O el amigo y testigo de Jesús, que sabe muy bien quién es Jesús, y lo sabe por experiencia personal, y por eso sabe que ante él sólo se puede estar de rodillas? Es cierto que a Él le llamamos amigo, porque Él nos ha hecho sus amigos y se ha hecho nuestro amigo, pero ante Él sólo se puede ser adorador; enamorado, pero adorador.

Hay una figura bíblica que nos acerca muy claramente a la figura del adorador: Moisés. Moisés está tranquilo en Madiam. Tuvo sensibilidad por la justicia cuando era joven, pero ahora cuida ganados cómodamente en una hacienda que ya es suya, lejos de la miseria de su pueblo. Dios lo busca y lo encuentra. Y lo encuentra invitándole a adorar: "*No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado*" (Ex 3, 5). Y en la adoración empieza a

la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria, o en la Ermita más pequeña de nuestra Diócesis.

Porque no es la suma de las piedras, por muy ordenadas que estén y por muy hermoso que sea el orden que les dio el arquitecto, lo que hace que el conjunto sea un templo o un hotel, sino el hilo que une las piedras, las vigas, las maderas, los ladrillos y los estucos. Si ese hilo nace en el corazón de Dios, pasa por ese sencillo trozo de pan, y llega a tu corazón, y hace que los hermanos doblemos la rodilla porque así nos sentimos lo que somos, más pequeños que quien nos une y nos hace hermanos, entonces, y sólo entonces, podremos llamar a ese conjunto de piedras, vigas y demás materiales, el Templo, la Casa de Dios. En el templo es posible adorar, porque el corazón de quien reconoce la Presencia que lo habita sabe adorar. Y el que sabe adorar en el templo sabe descubrir esa misma Presencia en tantos y tantos rincones, amplios espacios, corazones de hermanos. Y por eso entona su canto de alabanza, el mismo que recita en el templo, bajo las bóvedas de las nubes o los azules del cielo claro, o de las estrellas, y también por eso, porque descubre la misma Presencia, clava sus rodillas en el suelo como signo de adoración para lavar los pies de los hermanos que se hirieron o cayeron por los caminos de los hombres.

Queridas Catequistas: el trabajo que ustedes realizan está destinado al mismo Señor, y hay que hacerlo con el corazón de rodillas, en actitud de quien adora su Presencia en los niños, jóvenes o adultos con los que tratamos. Tratamos de dejar en ellos la marca de esa misma Presencia.

Ustedes, Catequistas, son considerados como "los que enseñan" a los niños, jóvenes y adultos lo que "hay que saber" como cristianos. Si nos quedamos en esto, estamos diciendo muy poco. La Catequesis puede verse afectada por dos defectos, que debe evitar con decisión. Es el primero el tener "apellido" de

ENCUENTRO DIOCESANO DE CATEQUISTAS 2011

ADORADORES EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

El Objetivo pastoral de este Curso 2010-11, NUESTRA PARROQUIA CELEBRA LA EUCARISTÍA, en realidad invitaba a contemplar algo más que la celebración eucarística. Tomando ésta como referencia central para la vida de la Parroquia, pretendía, y así lo expresaba en el mismo libreto de las Catequesis, revisar toda la dinámica celebrativa: sentido del misterio, escuela de comunión, etc., invitando a aprovechar la ocasión para contemplar, además, el sentido de pertenencia eclesial, la corresponsabilidad, la misma configuración de la comunidad eclesial como comunidad de ministerios, y otros posibles aspectos, que debemos pensar.

A lo largo del curso he animado a repasar otras celebraciones distintas de la Eucarística: en los Retiros con los Sacerdotes tratamos de la celebración de la Liturgia de las Horas y la celebración de la Misericordia de Dios en la Penitencia Sacramental; y este último tema fue ofrecido como motivo de reflexión a toda la Comunidad Diocesana en la Cuaresma.

Para este Encuentro Diocesano de Catequistas desearía invitarles a reflexionar y a orar sobre la actitud que es la fundamental y como el alma personal y comunitaria de toda celebración. En realidad sólo puede celebrar con autenticidad la liturgia cristiana quien **SABE ADORAR**, quien **ES ADORADOR**.

Adorar es un verbo recio, no indica una acción cualquiera, más o menos corriente. En el fondo resume y condensa la actitud fundamental de un creyente. Lo define. El verdadero creyente no puede ser más que un adorador. Adorador

es más, mucho más que simpatizante o seguidor. Aquél a quien se adora sólo puede ser Dios, referencia fundamental y esencial para el que adora, excluyente de cualquier otra referencia del mismo nivel.

Decimos que hay muchos creyentes, o autodenominados creyentes, que no han hecho nunca una experiencia personal de Cristo, un encuentro personal. Y es verdad, y seguramente esta realidad está en la base del fenómeno actual de la secularización tan creciente, y en particular de esa secularización que afecta al interior de la misma comunidad eclesial. La religión, lo religioso, lo que normalmente se considera fe, está más relacionado con cosas, prácticas, ritos, normas, formas de actuar, que con una relación personal con Dios, que afecta a toda la persona, y que crea entre los creyentes unas relaciones personales firmes y estables. En el campo de la Catequesis podemos recordar las reflexiones que hemos hecho en otros momentos sobre la "falta de planta baja", la falta de respuesta creyente al primer anuncio, esa respuesta que nos hace gritar: *¡Jesús es Señor!* Todos, también Catequistas, Consagrados, Sacerdotes, Obispo, debemos sentirnos cuestionados por este tema. Y, al final, también tenemos que preguntarnos todos: ¿somos realmente adoradores?

A primera vista **Adorar** puede parecer un verbo demasiado solemne para ser usado como algo corriente y de todos los días. Es cierto que hace pensar inmediatamente en la inmensa grandeza de Dios, tan infinita, y por ello tan distante de nuestra pequeñez e insignificancia. Pero ¿y si es Dios quien toma la iniciativa de hablar cuando todo enmudece, y hacer sentir su presencia cuando la soledad lo oscurece todo? ¿y si Dios quiere hablar y hacerse ver como un verdadero hombre, que sólo sabe llorar cuando los niños lloran, y tiene que aprender a hablar con labios humanos, y amar con corazón humano? ¿y si Dios decide vivir en la tierra, obra de sus manos poderosas, y

Y no pongas tu nombre y tu señal en ninguna esquina de la alfombra. Que no se vea tu nombre, para tu honra, sino el nombre de Aquel a quien se lo dedicas y ofreces, para su honor. Él ya sabe que trabajaste para Él. A los demás, no les importa. Será como la tarjeta que acompaña un regalo de enamorado, que no necesita firma.

Lo que entonces dije sobre las alfombras para explicar la actitud de adorador con que se deben hacer para que tengan su sentido, se puede explicar igual con los materiales que se necesitan para construir un templo. Me vino a la mente esta idea cuando vi el parecido que hay entre una parroquia de nuestros pueblos y un magnífico hotel de nuestras palayas. ¿De qué depende que surja un templo o un hotel de lujo en el Sur grancaario?

Almacenen materiales de construcción y maderas nobles; manden diseñar y fundir vidrieras de colores y tallar columnas de sillería; encarguen al arquitecto un proyecto que sea al mismo tiempo grandioso y familiar; díganle que reproduzca alguno de nuestros pueblos, o un poco de cada uno, parroquia incluida. En la "parroquia" de ese pueblo de imitación instalaremos la recepción y los salones de acogida del hotel.

Pero en el amplio espacio de la nave de la "parroquia" de este "pueblo" no habrá un punto hacia dónde mirar para ponerse de rodillas, y saludar con una palabra insonora que nace y vive en el corazón; habrá espléndidas arañas encendidas día y noche, pero faltará la pequeña y humilde lamparita que recuerda con su centelleo que aquella casa es una casa habitada. El que no cabe en los cielos ni en los cielos de los cielos ha querido quedarse con nosotros, sus hermanos, en algo tan pequeño que hasta parece un insignificante trozo de pan, que podemos encerrar bajo llave en un Sagrario de metal. Y eso sí lo puedes encontrar en la Parroquia de verdad del pueblo de verdad, sea en Agüimes o en

les hace alguna sugerencia. Hablen con Él, y sobre todo, escúchenle. Su tarea es tarea de adoradores. Lo que van a decir es lo que le han escuchado a Él. Lo que van a hacer no es un mero encargo, ha de salir del corazón. Si por desgracia llegara el día en que no saliera del corazón, de que no supieran para quién tejen las alfombras, o para quien trabajan en Catequesis, entonces habría que pagarles por horas su trabajo, y se habría perdido el sentido de lo que hacen.

El sentido de las cosas no nace en el trabajo de las manos, sino en el corazón, porque es el corazón el que crea o descubre el hilo que une las piedras del templo, y el corazón el que ideó el proyecto de construir un templo para acoger al que ama, y tejer una alfombra para que la pise el amado.

Que el trabajo de su mente, de sus manos sea una ofrenda del corazón, el regalo que ponen en manos de su amado. Porque, si no sale de tu corazón, ¿cómo sabrá tu amado que has trabajado para Él?

Para acercarse al alma de los niños, los jóvenes y los adultos en la Catequesis hay que llevar el corazón de rodillas. El que hace alfombras para el paso del Señor se pone de rodillas para ordenar las flores, las ramas o los granos de sal; se hace pequeño para reconocer al más grande, está en actitud de adoración a Aquel por quien está haciendo su trabajo. Su cuerpo curvado sobre el trabajo de sus manos está diciendo que Alguien más grande que uno mismo es su norma y la razón del trabajo de sus manos, y de los pasos de sus pies, y de los impulsos de su corazón.

Y cuando termines de completar el dibujo de tu trabajo, haz con tus silencios una plegaria del corazón. Acaba como empezaste. Métete en el silencio y reza quedamente al Señor que guió tu mente, tu corazón, y tus dedos, y dale gracias con alegría.

morir a mano del hombre, su obra más preciosa? ¿Y si Dios se hace cercano y sencillo como la apariencia de un trozo de pan? ¿Y si se advierte en esa apariencia que fue el Amor quien hizo y hace pequeña la infinita grandeza, y cercana la infinita distancia? Entonces el adorador no queda aplastado, sino enamorado.

Esta conciencia está en la entraña profunda de la Adoración. **Adorar es tener conciencia y vivir dominado por esa Presencia.** Dios ha querido y quiere hacerse presente para nosotros. Y quiere que tengamos conciencia de que esa Presencia es la referencia esencial para el que adora, de modo que mi razón de ser, y la explicación de mi obrar y de mi vivir es esencial y únicamente Dios. Y tener conciencia de que esta experiencia sólo es posible tenerla porque Dios así lo ha querido; que no he sido yo quien lo ha buscado y finalmente lo he encontrado, sino que es Él quien puso en mi corazón el deseo de ver su rostro, y quien se hizo ver en los mil reflejos de su belleza y su bondad. Que es Él quien por Amor se acerca, nos busca, nos hace vivir, y nos envía a gritar esa Presencia amorosa a todos.

La adoración no es quietud e inmovilidad, ni es cosa de unos momentos temporales; la adoración es -en expresión de Benedicto XVI- una *peregrinación interior*. Así lo explicaba a los jóvenes del mundo entero, reunidos en la Explanada de Marienfeld de Colonia para la XX Jornada Mundial de la Juventud. El lema de aquella Jornada, fundada sobre el texto del encuentro de los Magos de Oriente con Jesús niño en Belén, era: "*vieron al niño con María, y cayendo de rodillas lo adoraron*". *Los magos -dice el Santo Padre- se postran ante una criatura de gente pobre...El nuevo Rey ante el que se postraron en adoración era muy diferente de lo que se esperaban. Aquí comenzó su camino interior. Comenzó en el mismo momento en que se postraron ante este Niño y lo reconocieron como el Rey prometido. Pero debían aún interiorizar estos gozosos gestos. Debían cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el*

hombre y así cambiar también ellos mismos. (Vigilia con los jóvenes. Colonia - Explanada de Marienfeld, 20 de agosto de 2005).

Estas palabras del Santo Padre me traen a la memoria el subrayado que él mismo hizo sobre la adoración eucarística, en su encuentro navideño con la Curia Romana unos meses después: *"Para mí es conmovedor ver cómo por doquier en la Iglesia se está despertando la alegría de la adoración eucarística y se manifiestan sus frutos. En el período de la reforma litúrgica, a menudo la misa y la adoración fuera de ella se vieron como opuestas entre sí; según una objeción entonces difundida, el Pan eucarístico no nos lo habrían dado para ser contemplado, sino para ser comido. En la experiencia de oración de la Iglesia ya se ha manifestado la falta de sentido de esa contraposición. Ya san Agustín había dicho: "nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit; ... peccemus non adorando", "Nadie come esta carne sin antes adorarla;... pecaríamos si no la adoráramos" (cf. Enarr. In Ps. 98, 9. CCL XXXIX 1385).*

Recibir la Eucaristía significa adorar a Aquel a quien recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos uno con él. Por eso, el desarrollo de la adoración eucarística, como tomó forma a lo largo de la Edad Media, era la consecuencia más coherente del mismo misterio eucarístico: sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros." (Benedicto XVI, Saludo a la Curia Romana 22 de diciembre de 2005).

Cuando en Vísperas del Corpus hice el Pregón en Arucas, alentando a los artistas de las alfombras, quise centrar mis palabras de ánimo y de alabanza a su trabajo en *su actitud de adoradores*. Les vine a decir que hacer alfombras para el paso del Señor Eucaristía era un ejercicio de adoración, que había que cuidar con mimo y delicadeza. Pienso en el trabajo que realizan ustedes, Catequistas, ¡y encuentro tantas semejanzas! En la Catequesis están ustedes tejiendo una alfombra para el Señor; más aún, están tratando de poner en los niños, jóvenes o adultos, la alfombra con la forma del Señor, su rostro, su figura, su vida. San Pablo comparaba su tarea de predicador con la de la madre, que va dando forma en su seno a un nuevo ser humano, y se quejaba de que los cristianos de Galacia habían perdido esa forma de Cristo. *"Hijos míos -les gritaba con cariñoso reproche materno- por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros"* (Gal 4, 19).

Adorar es advertir que la propia vida tiene un sentido porque su centro es una Presencia. Adorar es exclamar como Pedro ante la pesca que ha surgido abundante de la indicación del Maestro: *"Apártate de mí, que soy un pecador"* (Luc 5); o como Juan desde la barca, al percibir a Jesús Resucitado en la orilla: *¡Es el Señor!* Adorar es mirar esa Presencia sin prisas, por sí misma, dejando a Dios ser Dios, dejándole sitio en la propia vida, tan llena de nosotros mismos: criterios propios o de Él; intereses propios o de Él; agobio nuestro o por él; tiempo dedicado a nosotros o a Él; entrega nuestra o de Él, acercamiento a nosotros o a Él.

Mucho antes de empezar a tejer las alfombras, -decía a los alfombristas de Arucas, y repito ahora a ustedes- piensen para quién van a hacer las alfombras del Corpus, para quién van a laborar en la Catequesis. Es muy importante. Es lo más importante. Puede ser decisivo. Y vayan a encontrarlo a Él sin prisas. Cuéntenle su proyecto y tengan abierto el corazón por si